

Hace 14 años las Farc secuestraron a Óscar Granados, hijo de Gladis Granados.

Desde hace 14 años, Gladis Granados vive inmersa en la contradicción. Mientras el país observaba el fin de la zona de distensión, la muerte de grandes jefes de las Farc como Víctor Julio Suárez Rojas, alias El Mono Jojoy, o Luis Édgar Devia Silva, alias Raúl Reyes y, más recientemente, los anunciados diálogos de paz, ella sentía que la posibilidad de volver a saber de su hijo, Óscar Augusto Granados, secuestrado por las Farc desde hace más de una década, se desvanecía otra vez.

A Óscar se lo llevaron tres hombres de las Farc el 5 de septiembre de 1998, cuando iba en una camioneta con su novia por Guasca (Cundinamarca). Para doña Gladis, la zona de despeje establecida en San Vicente del Caguán en 1999 significó la oportunidad de ver cara a cara a los responsables del plagio y, armada de coraje, allá llegó. En esa oportunidad pidió la liberación de su hijo y, por paradojas de la vida, incluso logró establecer una especie de amistad con los culpables de su más grande dolor. Este vínculo tan antinatural se dio porque sabía que ellos y sólo ellos podían terminar con el drama de Óscar Augusto.

Para su desconsuelo, la zona de distensión llegó a su fin el 20 de febrero de 2002. La terminación de las negociaciones entre el Gobierno y las Farc fue el cierre de su contacto con el grupo guerrillero. “Después de eso, ¿yo en dónde los buscaba?”, dice. Además, años más tarde, el Ejército se encargaría de abatir a los jefes guerrilleros con los que había logrado algún acercamiento. La muerte de cada uno le “dolió como si hubiera fallecido un ser querido”, porque sin ellos en el panorama perdía cualquier contacto, cualquier posibilidad. “Todo el país feliz, y yo lloraba día y noche porque había perdido todo el esfuerzo”, expresa.

Las pocas conexiones que logró establecer en los años siguientes fueron a través de falsos excombatientes que, con la promesa de información, le sacaron importantes sumas de dinero. Cegada por la ilusión, a uno de ellos incluso llegó a tratarlo como a un hijo. Lo tuvo en su casa durante más de un año, lo alimentó, le dio dinero, ropa y cuanto cosa le pedía, todo para descubrir que no tenía ningún contacto con las Farc y que “de la forma más cruel” se había aprovechado del anhelo más profundo que guardaba en su corazón.

De su hijo, esta madre que hoy ya tiene 60 años jamás ha recibido pruebas de supervivencia. Las Farc la llamaron una semana después del 5 de septiembre de 1998 y le dijeron que se trataba de un secuestro extorsivo, pero jamás se volvieron a comunicar con ella. Durante estos 14 años, los escasos datos que le han llegado

sobre su hijo los ha obtenido gracias a que, cada vez que liberaban a un grupo de secuestrados o que alguno lograba volarse del grupo guerrillero, ella los buscaba para preguntarles, foto en mano, por su Óscar. Claro que doña Gladis y su hijo no son los únicos que afrontan esta dramática situación. Según la fundación País Libre, entre 2002 y 2011 el grupo guerrillero secuestró a 2.678 personas y, de ellas, 405 no han recuperado aún la libertad.

Después de tantos años de lucha y lágrimas, doña Gladis camina por las calles de Bogotá con un cartel en el que se ve la foto de su hijo, su nombre y los años que lleva secuestrado. Este último dato funciona con una especie de parche que año tras año ha tenido que modificar. Bajo los 14 años se alcanzan a distinguir un 13, un 12, y así. Lo único que la ha mantenido firme es la fe en ese sentimiento que le grita que su hijo está vivo, que no se puede rendir, que tiene que seguir buscando, haciendo y pidiendo.

Mientras el país está atento al desarrollo de los diálogos de paz con las Farc, doña Gladis sólo piensa en cómo pueden desarrollarse conversaciones con el grupo cuando éste niega tener secuestrados en su poder. Los voceros de la guerrilla han sido enfáticos en su negativa: “No tenemos retenidos ni despojos mortales, pero ayudaremos con toda nuestra voluntad y nuestra capacidad a buscar, si nos dan información, para resolver esos problemas que seguramente otros responsables están tratando de endilgarnos a nosotros”, afirmaron Marco León Calarcá y Rodrigo Granda, en entrevista con el diario El País de Cali.

Así las cosas, mientras el país parece avanzar en el camino para la terminación del conflicto armado, la señora Gladis Granados siente que las posibilidades ya se le están agotando y, sobre todo, que no es justo que le oculten qué pasó con Óscar. Quiere la verdad, la que sea, pero la verdad. “Y mi hijo, ¿qué? Si se van a sentar a negociar que le pongan corazón”, exige.

<http://www.elspectador.com/noticias/nacional/articulo-382446-y-mi-hijo>